

Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas¹

Elizabeth Jelin*

RESUMEN: En este texto se presentan y analizan algunas de las conceptualizaciones, interpretaciones y explicaciones que pensadores y pensadoras latinoamericanos/as han elaborado en torno a los procesos productores y reproductores de desigualdades múltiples en la región. Estas ideas tienen una doble inserción: por un lado, están enraizadas en tradiciones académicas y en discusiones teórico-conceptuales; por el otro, tienen un fuerte anclaje en el propio movimiento de los actores y en la inserción sociopolítica de las y los propios/as analistas.

Para llevar adelante la propuesta, el texto toma un momento histórico y una región: América Latina a mediados del siglo XX. La preocupación de analistas y de gobernantes estaba centrada en la cuestión del “desarrollo”, ligado a la expansión del capitalismo periférico. En este marco, el texto presenta una cuestión específica: la manera en que fue analizada e interpretada la interrelación entre lo que era considerada como la dimensión central de las desigualdades sociales – las clases sociales – y las otras dimensiones y clivajes sociales, fundamentalmente el género, la “raza” y la etnicidad, temas que en los debates de comienzos del siglo XXI se engloban en las discusiones sobre “interseccionalidad”. El texto centra su atención en algunos/as autores/as: Florestán Fernandes, Rodolfo Stavenhagen, Isabel Largaía y John Dumoulin, y Heleieth Saffioti.

Palabras claves: desigualdades – América Latina – clases sociales – género – etnicidad – “raza”

ABSTRACT: This paper presents some the conceptual approaches, explanations and interpretations proposed by some Latin American researchers around the processes that produce and reproduce multiple inequalities. These ideas have a double are grounded, on the one hand, in academic traditions and conceptual and theoretical discussions; on the other, in their link to socio-political demands and commitments of the analysts. To deal with the issues proposed, the paper takes one historical moment and one region: Latin America in the mid XXth century. In that period, the main concern of analysts and of governing elites was “development” as expressed in the peripheral capitalism of the region. Within that framework, the text deals with one specific issue, namely the ways in which analysts interpreted the relationship between what at the time was considered the central dimension of social inequalities –social classes–and the other dimensions of social cleavages, mainly gender, “race” and ethnicity, themes that come back at the beginning of the XXIst. century under the rubric “intersectionality”. The main authors discussed in the text are Florestán Fernandes, Rodolfo Stavenhagen, Isabel Largaía and John Dumoulin, and Heleieth Saffioti.

Keywords: inequality – Latin America – social classes – gender – ethnicity – “race”

La igualdad es una preocupación que, implícita o explícitamente, ha estado y sigue estando en el centro de las luchas sociales y del pensamiento social. Los debates sobre si se trata de igualdad de oportunidades o de resultados, del bienestar generalizado, los derechos de ciudadanía o compensaciones al funcionamiento de los mecanismos del mercado capitalista que apuntan a procesos de concentración y polarización, si está en el “capital humano” o en las estructuras sociales, si se trata de capacidades o de oportunidades, si se requiere una “revolución social” para lograrla o puede haber procesos de reforma gradual, han sido algunas de las maneras de encarar el tema, con consecuencias directas en las consignas de luchas y demandas sociales en distintos niveles y lugares del mundo.

En el inicio de esta segunda década del siglo, presenciamos el ocaso global del paradigma económico neoliberal e individualista que, al desechar las estructuras sociales y el papel central de las instituciones, ha puesto el énfasis en las capacidades individuales, el esfuerzo y el logro personal como motores del bienestar –aludiendo tangencialmente a las desigualdades sociales. Esta perspectiva también tomó como ideal y como supuesto el funcionamiento auto-regulado del mercado, tema ya criticado y descartado hace décadas por K. Polanyi. El acento estaba puesto en el plano de los individuos, y fue una ideología (o una utopía) que dominó durante un tiempo, por encima de interpretaciones ancladas en estructuras sociales y en relaciones de poder. De ahí que se haya hablado más de pobreza que de desigualdad y que las políticas sociales, donde las hubo, hayan estado orientadas a disminuir la pobreza antes que a redistribuir la riqueza. También que se haya opacado, si no perdido, el lenguaje de clases y lucha de clases y el lugar regulador del Estado más allá de la implementación de políticas compensadoras, especialmente políticas sociales focalizadas.

A su vez, este predominio coincidió con un crecimiento de las demandas sociales por el reconocimiento de la diversidad, y estas demandas generaron cambios de marcos interpretativos y de políticas de reconocimiento, centrados en la celebración de la diversidad, el multiculturalismo y la diferencia. Sin duda, se trata más que de coincidencias y habría que analizar las afinidades entre el individualismo neoliberal y la exaltación de la diversidad –pensada como diferencia antes que como desigualdad. En el debate académico, estas cuestiones ligadas a la multiplicidad de dimensiones y categorizaciones que atraviesan la vida y la experiencia humana están también conectadas con el debate acerca de lo “postcolonial”, la “decolonialidad” y en la consideración de los flujos transregionales de saberes y conocimientos.

Todos estos temas –estructura vs acción individual, políticas de reconocimiento cultural, modernidad occidental vs múltiples modernidades, sistema mundo e imperialismo vs teorías de la modernización y el progreso unilineales, occidentalismos y orientalismos variopintos– son debates que intentan plantear cuestiones nuevas, y al hacerlo también reponen viejos ejes temáticos ya discutidos, aunque de manera diferente, en décadas anteriores.

No es mi intención entrar en esas conversaciones sobre perspectivas y enfoques, con todos los peligros de esencialismos y relativismos radicales que a veces encierran. Mi objetivo es más limitado y concreto: cómo pensar las desigualdades sociales –siempre múltiples–, sus diversas escalas e interdependencias.

Una manera de encarar la dinámica de la constitución, reproducción y transformación de los patrones de desigualdades consiste en verlos en acción, o sea, observar –aunque sea de manera estilizada y sin detalles– los procesos económicos, sociales,

culturales y políticos en un período específico de tiempo, desde un lugar específico. Anclados en lugar y tiempo, los procesos cobran entidad. Los hombres hacen la historia, pero en condiciones que les son dadas, decía Marx. Esto significa, en nuestro tema, partir de esas “condiciones dadas” e historizadas para pensar en categorías y en desigualdades.

En el plano mundial, los paradigmas para pensar estos temas han estado anclados en el desarrollo del capitalismo, en visiones del proceso civilizatorio, en las modernidades con sus múltiples variantes. En todos ellos, ha sido notorio el predominio de categorías y de maneras de pensar el mundo desde la experiencia europea. Lo que a menudo se confunde y no se llega a diferenciar es cuándo se trata de propuestas analíticas que se fundan en el papel que diversas zonas de Europa han tenido en el devenir mundial y cuándo se trata de la imposición o aceptación de las categorías del pensamiento europeo al resto del mundo, cosa que también fue y es un proceso histórico e historizable.

En este texto se presentan y analizan algunas de las conceptualizaciones, interpretaciones y explicaciones que pensadores y pensadoras latinoamericanos/as han dado a los procesos productores y reproductores de desigualdades múltiples en la región. Estas tienen una doble inserción: por un lado, están enraizadas en tradiciones académicas y en discusiones teórico-conceptuales (que no son estáticas ni ahistóricas); por el otro, se generan en interacción, diálogo y más aún, participación activa en la dinámica de la acción social y política, ya que los/as intelectuales que formulan teorías, modelos e interpretaciones son también protagonistas en los escenarios de acción y de lucha. En este sentido, las interpretaciones y conceptualización de la dinámica de la organización social, económica, política e institucional propuestas tienen un fuerte anclaje en el propio movimiento de los actores, sus representaciones y conceptualizaciones del mundo, así como las categorías y jerarquías con las que se clasifican a sí mismos/as y al resto del mundo. Recordemos que en América Latina los/as intelectuales han sido actores en escenarios políticos, antes que investigadores/as encerrados en “torres de marfil”.

Para llevar adelante la propuesta, tomaré un momento histórico y una región: América Latina a mediados del siglo XX. La preocupación de analistas y de gobernantes estaba centrada en la cuestión del “desarrollo”. En este marco, el texto presenta una cuestión específica que se inscribe en el campo de las ideas de la época: la manera en que los y las analistas de la época discutieron e interpretaron la interrelación entre lo que consideraban la dimensión central de las desigualdades sociales –las clases sociales– y otras dimensiones y clivajes sociales, fundamentalmente el género, la “raza” y la etnicidad.² Se trata de escritos que intentan responder a la realidad contemporánea, al momento y las urgencias intelectuales y políticas de sus autores/as. Las referencias históricas van a aparecer cuando analistas de las desigualdades contemporáneas las explican por mecanismos que funcionaron en períodos anteriores. Es sabido que los análisis y propuestas de interpretación de procesos productores de desigualdades en el plano global pueden remontarse hacia atrás de manera interminable. Los procesos históricos de larga duración y sedimentación pueden ser rastreados, como arqueología o como investigación genealógica. Siempre se pueden encontrar antecedentes significativos en etapas cada vez más antiguas. Por ejemplo, todas las variantes contemporáneas que hacen referencia a “lo colonial” –con lenguajes que hablan de colonialismo, colonialidad, decolonialidad, postcolonialidad–

anclan su análisis en un paradigma en el que el punto de partida o de arranque es la dominación colonial, que para América se inicia con la conquista española a fines del siglo XV (prestando poca o ninguna atención a dominaciones “coloniales” anteriores entre poblaciones preexistentes, como el Imperio Inca o los períodos de dominación azteca en Mesoamérica), combinada luego con la dominación portuguesa, holandesa, francesa o inglesa en distintos lugares y momentos. Pero no es a estas raíces a las que se refiere este texto, sino a la manera de interpretar los procesos de cambio en América Latina, especialmente en el siglo XX, y al lugar de las clases sociales, el género y la etnicidad/“raza” en esos procesos.

La posguerra y el desarrollo. El momento latinoamericano

Aunque no fue protagonista central del conflicto, el final de la Segunda Guerra Mundial tuvo efectos significativos en América Latina. El contexto internacional cambió los términos de intercambio y el comercio mundial. En la región, a partir del establecimiento de la CEPAL se generó un pensamiento regional sistemático sobre el desarrollo, la modernización, la industrialización y la urbanización. En el plano internacional, a partir de la posguerra se establecieron nuevas instituciones internacionales (centralmente las Naciones Unidas) y comienza un período –que se extiende hasta el presente– en que una cantidad de convenciones y acuerdos internacionales se orientan a extender la noción de derechos humanos básicos, en un intento (en parte fallido) de fijar un “umbral de humanidad”, plasmado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948³, como criterio para definir la condición humana. Idealmente, el cumplimiento de este umbral debería asegurarse universalmente, y sólo por encima de ese límite o umbral podrían manifestarse las desigualdades sociales. Por supuesto, se trata de un ideal y no de que en algún momento histórico toda la humanidad haya estado o pueda estar por encima de ese umbral. De hecho, es imposible definir ese umbral fuera de escenarios históricos específicos.

La relación entre este nuevo paradigma de los derechos humanos y las desigualdades sociales se da en dos sentidos: por un lado, en el propósito de ampliar la población y las categorías sociales reconocidas como sujetos de derecho, con el doble y paradójico efecto de que al buscar la igualdad de derechos de conjuntos sociales específicos se remarcan las categorías y las diferencias; por el otro, en las propuestas y demandas de ampliar el conjunto de dimensiones definidas como derechos universales ligados a la condición humana (ampliación histórica que se fue dando a partir de los derechos civiles y políticos para ir incluyendo progresivamente los económicos, sociales y culturales, extendiéndolos también a los de “incidencia colectiva”). A su vez, el paradigma de los derechos humanos universales implica la responsabilidad global por su cumplimiento, definiendo violaciones y crímenes “de lesa humanidad” que justifican intervenciones “humanitarias” en un marco global e internacional, limitando en algún sentido la soberanía de los países. Al mismo tiempo y de manera paradójica, son estos mismos países quienes elaboran, crean y promulgan estas instituciones y normas internacionales.

En términos de los procesos de cambio en la región, a mediados del siglo XX se inicia o intensifica un rápido proceso de urbanización y migración rural-urbana, la expansión de la educación, procesos de industrialización, crecimiento de población,

etc. –todos ellos señales de “modernización”–, con efectos importantes en la redistribución y reestructuración de las desigualdades sociales (Perez Sainz, 2014 a, 2014 b). Aunque las diferencias entre países de la región fueron y siguen siendo muy significativas, se pueden señalar algunos rasgos comunes, especialmente significativos para los países más grandes.⁴ Es el período en que se ponen en marcha numerosas políticas de desarrollo desde el Estado, que cobra un papel central en la creación de instrumentos de promoción y regulación, en la creación de empresas públicas, en el fomento a las inversiones extranjeras y en la ampliación de la infraestructura (energía, comunicaciones, transporte). Sin embargo, este rol no implicó la gestación de políticas fiscales progresivas ni, en la mayoría de los casos, de reformas en los regímenes de tenencia de la tierra, lo cual profundizó la distribución desigual de la riqueza. El crecimiento industrial fue notorio y rápido, basado en la sustitución de importaciones, con aumentos en la productividad, crecimiento del proletariado urbano-industrial y fortalecimiento de los sindicatos. El proceso de urbanización fue rápido, y si bien la expansión industrial era una fuente muy dinámica de generación de empleo, al mismo tiempo destruía empleo en el sector de producción artesanal. El resultado fue la generación de un sector de creciente importancia: el sector informal urbano.⁵ El desarrollo industrial “hacia adentro” respondió a la demanda urbana de productos de consumo durable y de otros bienes que se producían en la industria intensiva de capital, y esto, a su vez, reforzaba la estructura de desigualdades (Thorp, 1998).

Cabe señalar que en este período las disparidades de género se hicieron muy notorias. Las mujeres fueron olvidadas en las legislaciones sobre reforma agraria en los países que las implementaron. En las áreas urbanas, aumentó la participación femenina en la fuerza de trabajo, pero solamente en ciertas categorías de empleo, especialmente el empleo doméstico informal, provocando una aguda segmentación del mercado de trabajo, así como discriminación salarial.

La política pública fue en la misma dirección, contribuyendo a las desigualdades: los beneficios sociales estaban ligados al empleo formal y la cobertura de los/as trabajadores/as informales fue sumamente limitada. Por otro lado, los aumentos del gasto público en salud y educación estuvieron concentrados en las zonas urbanas y a menudo beneficiaron especialmente a sectores no pobres

En suma, como concluye Thorp,

mientras que las cifras de crecimiento fueron impresionantes, y la historia institucional fue de cambios radicales en muchas áreas, la industrialización y la sustitución de importaciones se insertaron y reforzaron el sistema social y económico preexistente, extremadamente desigual. Aun los esfuerzos de reforma agraria no modificaron el panorama esencial de pobreza y exclusión. Las mujeres y los grupos indígenas permanecieron relativamente desposeídos y las tendencias en el mercado de trabajo urbano crearon nuevas desigualdades (Thorp, 1998: 199).

En este período, las preguntas centrales que se estaban formulando desde las ciencias sociales de la región ponían la mira en el tipo de desarrollo capitalista que se estaba gestando. La clave básica fue entender los desafíos del desarrollo económico y social del “capitalismo periférico”. Los desarrollos de la CEPAL fueron centrales en esa época, primero en el pensamiento de Raúl Prebisch, para luego ser interpretados

en términos de “dependencia” (Cardoso y Faletto, 1969, entre otros que, como Mauro Marini y André Gunder Frank, eran más escépticos acerca de los límites del desarrollo dependiente). La modernización social ligada a los procesos de industrialización y urbanización dominaban el análisis social. Se fueron desarrollando entonces varios temas claves donde se podía ver la especificidad de América Latina: el populismo y la marginalidad. El populismo resultaba ser una de las maneras de tramitar la modernización política, en contraste con la extensión de los mecanismos de la democracia formal en los países centrales.⁶ Los estudiosos del populismo (Weffort, 1970; di Tella, 1965) irían a profundizar el análisis de estas formas de vinculación entre líderes políticos carismáticos y su base social para comprender las maneras en que las clases populares se incorporaban a la participación política, manteniendo y creando fuertes nudos de desigualdades políticas.

En el análisis de la estructura social del “desarrollismo modernizador”, se contraponían los trabajos sobre la modernización, la movilidad social y el supuesto del “derrame” y la visión marxista del enfrentamiento y la lucha de clases. El debate sobre la marginalidad, por ejemplo, planteaba la disyuntiva de considerarla como una situación temporaria y pasajera o como enraizada estructuralmente (la polémica entre Nun y Cardoso, reproducida en Nun, 2001). Marginalidad y populismo se conjugaban como amenazas u obstáculos, tanto para el éxito de los procesos de modernización como para el desarrollo capitalista y la lucha de clases. Ambos fueron los ejes centrales de los debates y conceptualizaciones sobre desigualdades sociales ancladas en las transformaciones que el desarrollo capitalista producía, especialmente el desarrollo específico de una estructura de clases sociales y las modalidades de expresión de demandas.

La preocupación central, valga reiterarlo, era el desarrollo, y la consideración de las desigualdades estaba anclada en ese tema: marginalidad, diferencias rural-urbano, campesinado, trabajo asalariado/otras formas de trabajo, burguesías nacionales y oligarquías, formación o ausencia de clases medias, etc., fueron considerados y analizados. También las desigualdades implícitas en las relaciones internacionales entre centros y periferias. Las preguntas sobre el proceso histórico estaban en el tapete, especialmente para diferenciar cuáles eran aspectos estructurales peculiares (siempre con el modelo europeo o inglés como parámetro comparativo) y cuáles aspectos eran “friccionales”, parte del proceso de cambio que irían a desaparecer una vez superada la etapa de transición. La sociedad de clases, con fuerte énfasis en el pasaje hacia el mérito y la estratificación anclada en características adquiridas más que adscriptas, estaba en el horizonte.

La dinámica de creación de desigualdades combinaba varios procesos simultáneos, que correspondían a distintos “momentos” de los procesos teóricamente delineados: por un lado, el acaparamiento de recursos a través de la expoliación o acumulación originaria (tanto en lo referente al origen de la mano de obra necesaria para el desarrollo capitalista como en la privatización de tierras para la expansión de la agricultura mercantil, con despojos a pueblos originarios y a campesinos, el trabajo semiservil en minas y haciendas, etc.); por el otro, la propia explotación dentro del sistema capitalista y el acaparamiento de otros recursos, especialmente de las oportunidades de acumulación de conocimientos y saberes a través de la expansión educativa orientada a los sectores medios.

El eje analítico-explicativo estaba centrado en el mercado de trabajo como distri-

buidor y estructurador de las desigualdades. La posición en ese mercado podía estar asociada a otras dimensiones: la etnicidad entrelazada con sector económico (por ejemplo, un campesinado con fuertes componentes indígenas en el sector rural), una nascente clase obrera asalariada conformada en base a la inmigración europea, o el predominio de mujeres de origen rural en el servicio doméstico. La estructura de clases sociales (con todas las especificidades “locales” necesarias) estaba en el centro; las otras dimensiones de desigualdad se articulaban en torno a las clases, no las determinaban. Estos otros criterios de categorización social, especialmente la etnicidad y la raza, podían ser encarados y analizados, pero por lo general eran considerados como “herencias” o presencias diacrónicas del pasado. Por su parte, para quienes interpretaban los procesos sociales en clave de modernización, estas categorías adscriptas irían a disolverse en la medida en que el mérito y el logro desplazarán al origen como anclaje en la definición de las oportunidades sociales.

¿Cuáles eran estas otras categorías de desigualdades que, además de la clase social, merecían alguna atención? Por un lado, la composición étnica y racial de la población y la inserción de los grupos no blancos en las posiciones más bajas de la estructura social, y el origen inmigratorio europeo (especialmente mediterráneo) en la clase obrera. La atención a las dimensiones étnicas y raciales tenían antecedentes en pensadores sociales de la región, tales como Mariátegui en Perú y Freyre en Brasil. Las cuestiones de género y el lugar subordinado de las mujeres en la estructura patriarcal eran temas más novedosos, con poca o ninguna tradición en el pensamiento social latinoamericano –aunque pensadoras y activistas mujeres lo fueron problematizando a lo largo de todo el siglo. Las diferencias y desigualdades espaciales eran también significativas, vistas siempre de manera dinámica como parte del proceso de urbanización

A partir de mediados del siglo XX, cuando se fue constituyendo y consolidando el campo académico de las ciencias sociales latinoamericanas, se dio un giro significativo en la producción académico/intelectual: el ensayo interpretativo –género que fue y siguió siendo central en el campo intelectual latinoamericano (Altamirano, 2010) – comenzó a convivir con la investigación social empírica de la realidad sociopolítica de la región para el análisis de las desigualdades. Veamos, entonces, cómo estas dimensiones de las desigualdades fueron concebidas, en su interacción o interdependencia.

Las múltiples desigualdades

La existencia de “múltiples desigualdades”, o sea, múltiples dimensiones de estratificación y categorización social es hoy en día parte del sentido común de las ciencias sociales. Al hablar de múltiples dimensiones, sin embargo, se hace necesario partir de una diferenciación importante entre las dimensiones analíticas y los criterios y categorías que los actores sociales construyen y usan en sus prácticas cotidianas en sus relaciones interpersonales y en las luchas por el poder. Para los actores, las categorías con las que se diferencian o identifican con otros se construyen a partir de sus experiencias, en las situaciones concretas en que se encuentran. No puede haber una lista predeterminada de dimensiones; se trata de cuestiones y preguntas empíricas. Que una dimensión sea problematizada y se torne visible, que otra no

sea usada explícitamente en los marcos de interpretación de la acción, que haya regularidades y combinaciones diversas de categorías son cuestiones que podrán ser develadas en el proceso de investigación. Desde una perspectiva *etic*, por el otro lado, las dimensiones y categorías son instrumentos analíticos que sirven para ordenar y explicar qué lleva a los actores a actuar como lo hacen, aun cuando esto no esté explicitado por ellos mismos. Para dar un ejemplo, múltiples situaciones históricas concretas pueden ser encuadradas como situaciones de dominación patriarcal, aun cuando la gente no “se dé cuenta” o no conceptualice su vida en estos términos (Célleri, Schwarz y Wittger, 2013).

Como ya se dijo, en el período de la posguerra y con la preocupación centrada en el desarrollo capitalista en América Latina, para los y las cientistas sociales la dimensión de clase fue central. Desde ese lugar –el del desarrollo capitalista y el proceso de formación de clases sociales ancladas en las relaciones de producción– algunos/as autores/as desarrollaron sus ideas sobre la vinculación entre ese proceso y las diferenciaciones, jerárquicas siempre, de etnia, “raza” o género. Además, en algunos casos, es clara la importancia que otorgaron a la distribución espacial de las desigualdades –tanto la distribución internacional como la distribución interna en cada país entre zonas rurales y urbanas, entre polos desarrollados y regiones donde la pobreza era lo dominante.

Partiendo de esta centralidad de las clases sociales, las interrelaciones con otras dimensiones podían ser consideradas. Para mostrar cómo fueron conceptualizadas estas interrelaciones, en el resto de este texto se trabajará con un conjunto pequeño de textos de la época, que combinan un abordaje analítico-teórico con investigación empírica. Es importante notar que no es el objetivo presentar y discutir la trayectoria y obra de autores/as, sino analizar algunos textos específicos elegidos. El conjunto de trabajos es pequeño por dos razones: primero, por los alcances limitados de esta investigación textual; segundo, porque no fueron muchos los/as autores/as que incorporaron otras dimensiones además de la de clase en sus reflexiones e investigaciones. Cabe mencionar, además, que las interrelaciones que discuten estos textos son por lo general de dos dimensiones a la vez: clase y etnicidad, clase y “raza”, clase y género.

Una nota adicional: leo los trabajos hechos en las décadas de los cincuenta y sesenta desde el siglo XXI, con las preguntas y marcos de interpretación de un ahora, mirando hacia atrás. El peligro del anacronismo es innegable. Resulta injusto pedir a los y las analistas de esa época que nos respondan a preguntas que planteamos ahora. El peligro alternativo es, quizás, más grave: pensar que todo lo que hacemos es totalmente novedoso y original, que las maneras de conceptualizar y analizar las desigualdades sociales en el pasado son obsoletas y han sido superadas. Parecería entonces que no es necesario mirar hacia el pensamiento y las elaboraciones hechas en el pasado. Me ubico entre quienes sostienen que reinventar la rueda es suicida para el desarrollo del conocimiento.

Clase, raza y etnicidad

Florestan Fernandes: capitalismo y raza

Florestan Fernandes, sociólogo brasileño de extensa y fructífera producción⁷, dedicó muchos años de su vida a la investigación sobre la manera en que los “negros”

se integraban al desarrollo capitalista en Brasil. Dirigió un proyecto de investigación empírica muy vasto, en el que participaron numerosos investigadores brasileños.

Su producción incluye el desarrollo de ideas originales sobre el desarrollo del capitalismo y las clases sociales en América Latina (Fernandes, 1973). Fernandes parte de una noción de clase social ligada al modo de producción capitalista. Busca develar la especificidad latinoamericana en su proceso de desarrollo capitalista, su inserción en el mundo y la conformación histórica de sus clases:

En América Latina, el capitalismo y la sociedad de clases no son productos de una evolución interna... El capitalismo en América Latina evolucionó sin contar con las condiciones de crecimiento autosustentado y de desarrollo autónomo. En consecuencia, las clases y las relaciones de clase carecen de dimensiones estructurales y de dinamisismos societa-rios esenciales para la integración, la estabilidad y la transformación equilibradas del orden social inherente a la sociedad de clases (Fernandes, 1973: 35).

Habla de una situación histórica peculiar:

La ausencia de ciertas dimensiones estructurales y de ciertos dinamisismos hace que las contradicciones de clase sean amortiguadas, anuladas y en general poco dramatizadas como tales... Sería falso suponer que por eso los dinamisismos de clases sofocados son suprimidos. La reflexión comparativa sugiere que las insatisfacciones de una clase potencial son más peligrosas para una sociedad de clases en formación y en consolidación que el deseo colectivo de una clase en si y para si en una sociedad de clases plenamente constituida (Fernandes, 1973: 35-36).

Como gran parte de los analistas de la época, la situación de la región es conceptualizada en comparación con el modelo de desarrollo capitalista inglés/europeo, y estudia cómo en América Latina ese capitalismo es, si se quiere, “desprolijo”, con desfases temporales entre procesos que en otros lugares fueron simultáneos.⁸ No se trata solamente de que la región llega “retrasada”, sino que el desarrollo capitalista en la región implica una combinación específica de historia y estructura, y esto requiere explicación e interpretación. En contraste con el enorme énfasis que los analistas de la época daban a las clases populares (orígenes migratorios de trabajadores industriales, formación de masas marginales, movimiento sindical), Fernandes estudia las especificidades de los desarrollos de la burguesía (recordemos el lugar de la “burguesía nacional” en el pensamiento de la época).

Rastrea las desigualdades a partir de la conformación –incompleta, específica– de las clases sociales en el desarrollo capitalista dependiente. La doble apropiación –de la burguesía local y del capitalismo global– deja a las clases “bajas” en situación especialmente desventajosa. Tanto quienes están integrados en la producción capitalista como quienes lo están de manera marginal no tienen capacidad para luchar, ni dentro del sistema (porque no lo están plenamente) ni a través de una transformación revolucionaria. Finalmente, muestra cómo el desarrollo de las clases sociales de la región se vincula con el desarrollo capitalista mundial.

Si al analizar la formación de clases sociales en América Latina Florestán Fernandes concentra su atención en su objeto específico –las clases sociales–, será en sus

trabajos sobre Brasil donde va a tomar en cuenta otra dimensión central de las desigualdades: el análisis de la posición social de los negros en Brasil (Fernandes, 1965a; Fernandes, 1965b; Fernandes, 1972; Bastide y Fernandes, 1959).⁹

Como se dijo más arriba, el programa de investigación sobre la integración del negro en la sociedad de clases fue realizada por un equipo de investigadores. Además de coordinar el proyecto, Florestan Fernandes se ocupa principalmente de San Pablo, foco del desarrollo capitalista brasileño, aunque sus reflexiones y conclusiones se extienden a Brasil todo.¹⁰ Utiliza ciertas palabras que pueden ser tomadas como indicios del modelo de sociedad en que está pensando: habla del “drama del negro”, “degradación social”, “revalorización” y “dignificación”. La cuestión general está planteada en términos del desarrollo de un **orden social competitivo** –desarrollo ineluctable cuyos mecanismos de funcionamiento son el objetivo de su análisis. Hay en todo el texto una perspectiva histórica en la que el pasado esclavista está permanentemente presente en el presente. Liga el origen de la situación del negro a mediados del siglo XX con la abolición de la esclavitud (a partir de 1888), explicando así el estado de indefensión en que queda el **ex esclavo** frente a la competencia del trabajador europeo.

El trabajo centra su atención en transformaciones estructurales y en el derrotero histórico de la conformación de la estructura social brasileña. Para el tema que nos convoca, lo que interesa remarcar es que más allá de las consideraciones estructurales, hay una atención especial a los escenarios de la acción. Dado el tipo de desarrollo capitalista, el autor se pregunta sobre las predisposiciones y habilidades que distintos grupos humanos tienen para ingresar en las relaciones de producción requeridas por el “orden social competitivo”. ¿Cuáles son las expectativas –en cuanto a lo esperado de los trabajadores– del sistema en expansión? ¿Quiénes son los potenciales trabajadores predispuestos y preparados para insertarse en ese sistema?

Dentro de su modelo estructural, Fernandes introduce una dimensión psicosocial –algo que décadas después entraría en lo que se conceptualiza como “subjetividad” y “capacidad de acción (o de agencia)” de los sujetos subalternos. No son fuerzas opacas y más allá de la acción humana (léase “estructurales”) las que determinan la posición y acción de estos grupos. Nuestro autor pone su mirada sobre las (limitadas) opciones abiertas a los negros, y cómo sus maneras de actuar, aprendidas en el pasado esclavista (lo que Bauman, 2011, llama la “memoria de clase”), influyen en su proceso de integración en la sociedad de clases.

El negro es una persona que actúa en escenarios sociales. Así, frente a las condiciones planteadas por el trabajo libre y la presencia de inmigrantes europeos, Fernandes presta atención al negro ex esclavo y a las dificultades que enfrenta. Aun cuando está estudiando la situación estructural de los ex esclavos, los considera como sujetos, planteando la “condición moral de la persona”. Se trata de personas con racionalidad, que encuentran una estructura de oportunidades y elaboran estrategias para enfrentarlas. También como personas con principios morales. Frente a condiciones mercantiles nuevas, “para el negro o el mulato todo eso era secundario. Lo esencial era la condición moral de la persona y su libertad para decidir cómo, cuándo y dónde trabajar” (Fernandes, 1965a: 13).

El negro y el mulato son pensados como sujetos que tienen que encarar su libertad, en un contexto económico y de vida social para el cual su experiencia anterior no los preparó. Frente a este panorama, y lejos de proponer explícitamente un análisis de las relaciones de género (o de sexos, según la terminología de la época), al describir

e interpretar la situación en San Pablo e internarse en el análisis microsocio e interpersonal, hombres y mujeres cobran especificidad. En el mundo urbano de San Pablo, la vida parece ser más fácil para las mujeres negras. Su inserción en el trabajo doméstico urbano no significa un quiebre profundo en su experiencia. Hay más continuidades con su experiencia anterior que en el caso de los hombres. De ahí que caracterice a la mujer negra como “una agente de trabajo privilegiado”, no en el sentido de un aprovechamiento integral de su persona sino por ser la única que cuenta con ocupaciones persistentes y con un medio de vida (Fernandes, 1965a: 43). Es por esta continuidad en sus tareas en el mundo urbano que las mujeres corren el riesgo de convertirse en el medio de subsistencia de los hombres, pero sin las defensas complementarias de una familia estable e integrada. De todas estas condiciones resultan la anomia social y la desorganización de la vida personal y social del negro. En este punto del análisis, Fernandes incorpora una consideración explícita de las relaciones de género y cómo éstas interactúan con clase y “raza” en un contexto específico.

Una de las preguntas centrales de Fernandes es: la ciudad, ¿repelió al negro? La respuesta de Florestan Fernandes es que no fue una cuestión propiamente racial: “El aislamiento económico, social y cultural del negro fue un producto de su relativa incapacidad de sentir, pensar y actuar socialmente como hombre libre” (Fernandes, 1965a: 67). El ingreso al mundo urbano y al orden social competitivo implicaba una exigencia: despojarse de su modo de ser anteriormente adquirido y adoptar los atributos psicosociales y morales del jefe de familia, trabajador asalariado, ciudadano, empresario, etc. “La exclusión tendría un carácter específicamente racial si el negro ostentase esas cualidades y no obstante fuera repelido” (Fernandes, 1965a: 68).

La dinámica económica, social y cultural fue y es, sin duda, compleja. El texto revisa los “niveles de desorganización social”. Resalta condiciones de empleo y sus oportunidades, marca el papel mediador de la familia como institución socializadora, señala diferencias de género en los lugares socializadores. La desorganización no es vista como origen sino como consecuencia de los desfases entre la condición esclava y los requisitos de una vida urbana. O sea, escenarios que no se controlan, y racionalidades “desubicadas”. Como anticipo a los temas que años después fueron ubicados en el centro de la atención, Fernandes da un lugar e interpreta la centralidad de la sexualidad y el cuerpo. También, de manera muy interesante, da espacio para la calle y el barrio como espacios de sociabilidad, y la relación entre la sociabilidad y la integración en la sociedad de clases (a la manera de E. P. Thompson).

En suma, ¿qué hace Florestan Fernandes en este texto? Básicamente, contradice las esencias e historiza los procesos. No hay nada en la esencia racial; hay procesos históricos que podían haber sido diferentes. Por ejemplo, señala que “la aptitud para el cambio no tiene que ver tanto con los contenidos y la organización del horizonte cultural de las personas y categorías de personas, sino con su localización en la estructura económica y de poder de la ciudad” (Fernandes, 1965a: 192). El desarrollo capitalista urbano, el trabajo asalariado, el orden social competitivo, son los ejes estructurantes de la realidad social. Hay trayectorias y experiencias que se adaptan más fácilmente a ellos –los trabajadores inmigrantes europeos– y otras que dificultan los procesos de integración. Las mujeres, acostumbradas a la labor doméstica cotidiana, tienen más continuidad y menos rupturas en sus modos de vida. De ahí sus posibilidades de utilizar su experiencia, doblemente subordinada a sus empleadoras/es y a sus compañeros en la familia.

Esta pervivencia de patrones de comportamiento, heredados del período esclavista, no se dio solamente entre negros y mulatos. El “‘hombre blanco’ también continuó apegado a un sistema de valores sociales y de dominación racial que acarrea la vigencia de un patrón de ajuste inter-social análogo al que era vigente en la sociedad estamental y de castas.” (Fernandes, 1965: 194).

Después del análisis de los desajustes en el proceso de creación de ese “orden social competitivo” con las fuertes líneas de desigualdades raciales y la ausencia —a pesar del mito— de una democracia racial, ¿dónde buscar los gérmenes de transformación de las prácticas sociales y las jerarquías raciales? Fernandes dedica el segundo volumen de este estudio (Fernandes, 1965b) a los movimientos sociales colectivos por un lado, y a los “impulsos igualitarios” (orientados a la asimilación y la integración) por el otro. La cuestión, entonces, queda formulada nuevamente de manera relacional: importa estudiar cómo las tensiones raciales son percibidas y controladas socialmente, e importa de manera central caracterizar la situación de contacto como el “dilema racial brasileño”.

Rodolfo Stavenhagen: desarrollo capitalista agrario y etnicidad

La cuestión de las relaciones interétnicas en el marco del desarrollo capitalista, especialmente en el sector agrario, ha sido el foco de atención de Rodolfo Stavenhagen en su libro *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, publicado en 1969 (Stavenhagen, 1969). Stavenhagen es un antropólogo y sociólogo mexicano, con una larga trayectoria en el análisis de las relaciones entre desarrollo, las desigualdades étnicas y los derechos de los pueblos originarios.¹¹

El marco de análisis es el desarrollo capitalista a lo largo de la historia, visto no como proceso lineal que se repite de manera similar de un lugar a otro, sino anclado en las interconexiones entre la escala mundial y las escalas nacional y subnacional. La referencia básica es histórica: existían formas de explotación y dominación precapitalistas muy diversas en distintas partes del mundo, pero “ninguna de estas estructuras de clases ha podido resistir el impacto de la expansión europea sin sufrir modificaciones radicales” (Stavenhagen, 1969: 62). En todas partes, el colonialismo y los procesos de extracción de excedentes estuvieron ligados a la manera en que el capitalismo comercial penetró en las comunidades preexistentes. Los procesos ligados a las transformaciones de la estructura de clases y de la estratificación son diversos en distintos lugares, pero con efectos significativos en todos los casos, a partir de la economía monetaria, la propiedad privada de la tierra y el monocultivo comercial, la migración de los trabajadores y el éxodo rural, la urbanización, la industrialización y la integración nacional de los países subdesarrollados. Estos procesos han actuado de manera diferenciada, según las estructuras sociales preexistentes y los ritmos de su introducción.

En su análisis de estos procesos en la zona maya de México y Guatemala, Stavenhagen parte del pasaje de la etapa de la conquista militar a la implantación del sistema colonial, producto de la expansión mercantilista. En ese período, los mecanismos de dominación estaban ligados a los intereses de las clases sociales poderosas del país colonialista. Las comunidades indígenas se convirtieron entonces en reserva de mano de obra de la economía colonial. Con el fin de mantener esa reserva de

mano de obra, se acumularon leyes restrictivas y un sistema de control centralizado, que mantenía a los nativos en su posición de inferioridad con respecto a todos los otros estratos sociales. Esto derivó en que las antiguas jerarquías dentro de las comunidades indígenas perdieron su base económica. De hecho, las comunidades indígenas solo llegaron a ser sociedades “folk”, unidades corporativas relativamente cerradas bajo el impacto de la política indigenista española. Sin embargo, en la medida en que participaban en la vida económica de la sociedad estaban integradas en una sociedad de clases, ya que proporcionaban la mano de obra para los españoles y constituían una clase de trabajadores.

Tanto el sistema colonial como las relaciones de clase subyacían a las relaciones interétnicas, aunque de manera diferente. En términos coloniales, la sociedad indígena como un todo confrontaba a la sociedad colonial. Las relaciones eran definidas en clave de discriminación étnica, segregación, inferioridad social y sujeción económica. Las relaciones de clase, por otro lado, se definían en términos de relaciones de trabajo y propiedad, por lo que las relaciones laborales no eran entre dos sociedades sino entre sectores específicos de una misma sociedad. Las relaciones coloniales respondían al mercantilismo, las de clase al capitalismo. “Durante todo este período, las relaciones coloniales y las relaciones de clases se entrelazan” (Stavenhagen, 1969: 246).

El sistema colonial funcionó en dos niveles: entre la metrópoli y la colonia, y dentro de la colonia: “Lo que España representaba para la colonia, ésta lo representaba para las comunidades indígenas: una metrópoli colonial” (Stavenhagen, 1969: 245). Es por eso que el período post-independencia no transformó la esencia de las relaciones entre los indios y la sociedad global. Pese a la igualdad jurídica, varios factores actuaron para mantener las relaciones coloniales. Los indios de las comunidades tradicionales se encontraron nuevamente en el papel de un pueblo colonizado: perdieron sus tierras, eran obligados a trabajar para los ‘extranjeros’, eran integrados, contra su voluntad, a una nueva economía monetaria, eran sometidos a nuevas formas de dominio político. Esta vez, la sociedad colonial era la propia sociedad nacional que extendía progresivamente su control sobre su propio territorio (Stavenhagen, 1969: 248).

El concepto clave, desarrollado por Stavenhagen y por González Casanova (2009), es el de “colonialismo interno”: “No se trata solamente de indígenas individuales que salen de sus comunidades para convertirse en trabajadores, sino de que las propias comunidades indígenas, en grupo, eran incorporadas a los sistemas económicos en expansión... La relación entre colonizador y colonizado, entre ladino e indio, se transformaron en relaciones de clases” (Stavenhagen, 1969: 249).

En todo el análisis, el énfasis está puesto en la dinámica entre relaciones étnicas y de clase. Stavenhagen discute la dualidad que esta relación implica: la relación de clase se encarna en las relaciones laborales capitalistas que encuadran a los sujetos como trabajadores y no como etnicidades. Por otro lado, las etnicidades están ancladas en la estructura comunitaria y, en la medida en que la estructura comunitaria se quiebra, la estratificación interétnica pierde su base objetiva.¹² Sin embargo, las relaciones de clase pueden tomar formas culturales, por ejemplo cuando la lucha por la tierra se hace en nombre de la restitución de tierras comunales.

Las relaciones entre ambos criterios no son sencillas. Aunque la estratificación interétnica no se corresponde con las emergentes relaciones de clases —“no estamos diciendo que indios y ladinos son, sencillamente dos clases sociales”—, en tanto está

profundamente arraigada en los valores de los miembros de la sociedad funciona como fuerza conservadora, deteniendo el desarrollo de relaciones de clase. O sea, en la medida en que avanza la formación de clases, aparecen nuevas bases para la estratificación basadas en criterios socioeconómicos, aunque “la conciencia étnica puede, sin embargo, pesar más que la conciencia de clase” (Stavenhagen, 1969: 250-251).

Frente al desarrollo capitalista –que parece ser ineluctable e inevitable– las reacciones de los indígenas pueden ser de diverso tipo: la aculturación, que puede implicar la adopción de los símbolos de status de los ladinos (en bienes de consumo, por ejemplo), aun cuando se mantenga la identidad cultural de los indios. Puede implicar un ascenso económico general de la etnia indígena, lo que sería un reto a la superioridad ladina. Pero también puede darse la asimilación y ladinización individualizada, que implica abandonar la comunidad e integrarse a la sociedad nacional, seguramente en un proceso de proletarización.

En el caso de México, sostiene Stavenhagen en los años sesenta, el rápido desarrollo de las relaciones de clase en detrimento de las relaciones coloniales produce el desarrollo del indigenismo como ideología y como principio de acción. Desde los indígenas, se trata de una postura “nacionalista”, que reclama el fortalecimiento del gobierno indígena y un reclamo de representación política nacional de los indígenas. La paradoja es que esto puede ser fomentado por el propio Estado nacional como medio para alcanzar “un fin que representa su absoluta negación, a saber, la incorporación del indio a la nacionalidad mexicana, es decir, la desaparición del indio como tal” (Stavenhagen, 1969: 258).

El complejo análisis cruza varios ejes, en un abordaje que toma como dato central el lugar dominante del Estado-Nación y los dilemas de la construcción de la nacionalidad, temas propios de la época en que escribe. Visto desde el presente, el tema en cuestión es la dinámica y la relación entre dos marcos de interpretación de esta dinámica. Por un lado, la relación entre desarrollo y desigualdad, que puede ser leída desde diversos paradigmas: el anti-colonialismo, el marxismo, el neo-liberalismo o el neo-desarrollismo. El otro alude a la formación de una unidad nacional –la “integración” de la que hablaba Fernandes, la nacionalidad mexicana en Stavenhagen– frente a la lógica de la diferencia, que históricamente va desde el racismo científico hasta el multiculturalismo.

En este segundo punto, se trata de enfrentar, una vez más, la paradoja entre la igualdad y la diferencia planteada, décadas después, por Nancy Fraser o Joan Scott (Fraser, 1997; Scott, 1996). En esta lógica, para Stavenhagen “la integración nacional sólo puede ser alcanzada si se resuelven y se superan las contradicciones inherentes a las relaciones coloniales. A esto sólo se llega suprimiendo uno de los términos de la contradicción o cambiando el contenido de la relación” (Stavenhagen, 1969: 259). La salida, para él, consiste en que la integración nacional pueda alcanzarse no suprimiendo al indio sino solamente suprimiéndolo como ser colonizado.

En suma, Stavenhagen analiza la relación entre clase, etnicidad y estratificación no de manera abstracta, sino indagando sus modalidades y su cambio histórico de manera concreta y situada. La pregunta queda abierta: ¿se puede hacer de otra manera? ¿Hay espacio para la generalización o la teorización? ¿No será que los intentos de teorías generales, deshistorizadas, reproducen necesariamente las asimetrías y desigualdades en el conocimiento entre el Norte y el Sur?

Clase y género: Heleith Saffioti, Isabel Larguía y John Dumoulin

En el marco de las preocupaciones sobre el desarrollo y las desigualdades de la época, vistas especialmente con el lente de la marginalidad social y los polos de desarrollo urbanos, había una profunda ceguera sobre las relaciones entre sexos y sobre el lugar social de las mujeres (no se hablaba de género en la época). Si importaban las mujeres, era en relación con las tendencias de la fecundidad. Preocupaba el desfase entre los procesos de rápida urbanización que experimentaba la región y el mantenimiento de tasas de fecundidad altas. Algunos se animaban a interpretarlo en clave del “tradicionalismo” de las mujeres, con la esperanza de que la modernidad que acompañaba los procesos de urbanización iría a cambiar en poco tiempo el comportamiento de las mujeres. Se podía reconocer el rezago temporal en el proceso de cambio, el ritmo más lento y las persistencias de ese tradicionalismo. Lo que estaba claro era que el comportamiento reproductivo y las actitudes que lo determinaban¹³ eran patrimonio de las mujeres. Los varones aparentemente no tenían nada que ver en el asunto, y sus conocimientos, actitudes y prácticas eran irrelevantes para un tema tan femenino como la natalidad y los hijos. La esperanza era que, en tanto la modernización que acompañaba los procesos de urbanización se expresaba en aumentos en los niveles educativos de las mujeres, esto iría a tener un efecto casi automático en una disminución de la fecundidad.

Los últimos años de la década de los sesenta presenciaron el surgimiento de una nueva ola feminista, primero en los países centrales para muy pronto extenderse a muchas mujeres en otras partes del mundo. Esta ola feminista tuvo que enfrentar un doble desafío: comprender y explicar las formas de subordinación de las mujeres y proponer caminos de lucha para la transformación de esa condición. ¿Cuál era la naturaleza de esa subordinación? ¿Cómo entenderla?, entendimiento fundamental que sería al mismo tiempo un aporte al conocimiento y un instrumento para elaborar una estrategia de lucha. El debate fue intenso, la heterogeneidad y los conflictos teóricos y tácticos, permanentes. La relación entre la investigación y la acción fue sin duda una preocupación central de las académicas feministas.

Las diferencias entre hombres y mujeres eran objeto de estudio en los análisis sociodemográficos o morfológicos de la población: tasas de participación en la fuerza de trabajo y tipos de empleo, estadísticas educativas, expectativas de vida. Las mujeres eran el foco de análisis del crecimiento de la población y la fecundidad. Pero prácticamente no se consideraba nada sobre las *relaciones de género* o la situación social de las mujeres.¹⁴ El vacío, sin embargo, no fue total. En 1969, Heleith Saffioti publicó su libro *A mulher na sociedade de classes. Mito e realidade* (San Pablo: Quatro Artes Universitária). Producto de una tesis doctoral dirigida por Florestan Fernandes, el libro se ubica en la tradición de investigación de nuestro ya visitado autor: el desarrollo del capitalismo, en general y particularmente en Brasil, y el lugar que en ese desarrollo ocupan las mujeres. El análisis se orienta a mostrar que las “relaciones entre sexos y, consecuentemente, la posición de la mujer en la familia y en la sociedad en general, constituyen parte de un sistema de dominación más amplio” (Saffioti, 1969: 169).

Cabe mencionar que en este, y en otros textos de la época, se habla de “LA mujer” en singular. También F. Fernandes habla del “negro” en singular, aunque en los aná-

lisis específicos aparecen las heterogeneidades y diferenciaciones dentro de la categoría mujer o negro. Con el correr de las décadas, se fue pasando al plural, para poner más en claro y en evidencia las jerarquías, las relaciones de dominación y las desigualdades no solamente entre categorías de raza o género sino también dentro de ellas.

Saffioti rastrea el origen de los mitos y preconceptos que justifican la exclusión de la mujer de determinadas tareas y su segregación de manera casi exclusiva en los papeles tradicionales y las ocupaciones reconocidamente femeninas. Encuentra ese origen en la forma en que se organizaba y distribuía el poder en la sociedad esclavista brasileña, “época en que se formaron ciertos complejos sociales justificados hasta hoy en nombre de la tradición” (Saffioti, 1969: 169). Analiza la posición de hombres y mujeres esclavos y las inconsistencias de las relaciones raciales esclavistas, y ve una incongruencia muy significativa en el caso de las mujeres negras, porque además de su función en el sistema productivo tenían un papel sexual, y el producto –el mulato– fue el foco dinámico de las tensiones sociales y culturales. Señala esto como factor de perturbación del sistema de trabajo y de la moralidad esclavista.

¿Cuál es el efecto del desarrollo capitalista en la posición de las mujeres? Los efectos analizados no son homogéneos para todas las mujeres. Las clases populares urbanas, los diversos tipos de campesinados, las emergentes clases medias, las camadas más privilegiadas y poderosas se transforman de diversas maneras y con distintos ritmos. La abolición de la esclavitud tiene efectos diferentes en hombres y mujeres y en distintas esferas de acción.

En el mundo de la organización productiva, según Saffioti, el desarrollo del capitalismo margina a las mujeres. Y lo hace de manera compleja. El advenimiento del capitalismo representa una disminución de las funciones directamente productivas hasta entonces desempeñadas por las mujeres. Quedan como mano de obra barata, a ser utilizada cuando el capitalismo así lo requiere. A su vez, su baja capacidad de reivindicación permite una mayor explotación, y al mismo tiempo una mayor explotación, por su inserción en formas no dominantes y ya superadas de producción de bienes y servicios. De manera complementaria, enmascara la realidad de la explotación a través de una apelación a “factores naturales” como el sexo y la raza, y esto intensifica la marginación y favorece el mantenimiento de la dominación de las capas privilegiadas.

Así, en la defensa de valores real o supuestamente más altos tales como el equilibrio de las relaciones familiares, el buen funcionamiento de las actividades domésticas, la preservación de los métodos tradicionales de socialización de las generaciones nuevas o el respeto al principio moral de la distancia entre los sexos, se hace una utilización completa y racional de criterios irracionales, tales como la debilidad física, la inestabilidad emocional y la inteligencia menos desarrollada de las mujeres. El fin es imprimir al trabajo femenino el carácter de trabajo subsidiario y convertir a la mujer en el elemento constitutivo del enorme contingente humano marginalizado de las funciones productivas. En ese contexto, “la existencia de mujeres trabajadoras sirve para mostrar, entonces, que esto es resultado de determinaciones personales y voluntarias de su existencia, y que son las propias mujeres quienes eligen su carrera profesional, el matrimonio, o la conjunción de ambos” (Saffioti, 1969: 248-9). En este esquema, la mujer representa el “anticapitalismo”, tanto en lo referido a su actividad económica como a la distancia que se establece entre ella y las metas culturales de las sociedades de clases.

El proceso no es tan lineal como parece, sin embargo. La autora analiza los procesos de urbanización y la abolición de la esclavitud que, junto a la inmigración europea, producen cambios significativos en la organización familiar, especialmente la desestabilización de la familia patriarcal. La urbanización produce transformaciones en la posición social de las mujeres urbanas: ensanchamiento de horizontes culturales, limitación de la natalidad, divorcio. También se da una extensión de la familia legal a grupos cada vez más amplios, cuestión que paradójicamente implica un refuerzo de los tabúes sexuales. Juegan entonces factores culturales: el culto a la virgindad femenina en un mundo de doble moral, la exaltación del “macho” como ideal de personalidad masculina, la doble moralidad en las clases medias. Como resultado, “ciertas áreas de la personalidad femenina están, por así decirlo, sufriendo una modernización resultante de las nuevas concepciones acerca del mundo y del ser humano, mientras que otras áreas permanecen presas del clima tradicional en que ocurre el proceso más amplio de socialización” (Saffioti, 1969: 197).¹⁵

El análisis de Saffioti se centra en los cambios que el desarrollo capitalista produce en el papel de las mujeres en la organización productiva. Estos cambios se manifiestan también en la transformación de la estructura de las familias y en los planos simbólicos y culturales. La cuestión que queda sin resolver en su análisis es la articulación entre la división sexual del trabajo en el ámbito doméstico y la familia por un lado, y la estructura productiva capitalista por el otro. Este es el tema que abordan Larguía y Dumoulin.¹⁶

El punto de partida de este tema está en el proceso de diferenciación entre “casa” y “trabajo”, o sea, la separación entre los procesos de producción social integrados al mercado capitalista a través de la división del trabajo, y los procesos ligados al consumo y la reproducción realizados en el ámbito doméstico, en el mundo privado y en la intimidad de la familia. El análisis sistemático y riguroso de los procesos de producción ha sido el territorio de la economía, y es frente a ella que se han planteado las cuestiones relativas a la domesticidad y a la reproducción.

En la teoría marxista, el foco puesto en los modos de producción implicaba mirar las relaciones entre la producción de bienes y de los medios de subsistencia. El otro lado de la ecuación, la producción de los seres humanos que a través de su trabajo van a participar en los procesos de producción, estaba mucho menos desarrollada teóricamente. Mucho se decía sobre los “modos de producción” pero casi nada sobre los “modos de reproducción”. La contribución del debate feminista marxista y especialmente la de Larguía y Dumoulin se ubican en este tema.

¿Cómo se producen los seres humanos, esa “mercancía” que es la fuerza de trabajo en el capitalismo? Éste es el ámbito de la reproducción. La reproducción de la fuerza de trabajo –decía, por ejemplo, Claude Meillassoux (1977)– no fue un tema importante en el período de surgimiento de capitalismo, ya que la necesidad de contar con trabajadores se resolvía a partir de la importación de mano de obra producida en otros modos de producción –la “acumulación primitiva”. El capitalismo absorbió en la nueva economía salarial a trabajadores que habían nacido y se habían criado en otras organizaciones productivas (economías de subsistencia y campesinas), siempre a partir del trabajo doméstico de las mujeres. Pero ¿cómo opera la reproducción en el interior de la economía capitalista?

Meillassoux postula a la “comunidad doméstica” como la estructura que se ocupa de la reproducción:

La comunidad doméstica es el único sistema económico y social que dirige la reproducción física de los individuos, la reproducción de los productores y la reproducción social en todas sus formas, mediante un conjunto de instituciones, y que la domina mediante la movilización ordenada de los medios de reproducción humana, vale decir de las mujeres (Meillassoux, 1977: 9).

El autor señala que el capitalismo se apoya en la *comunidad doméstica*, sea a través de sus poderes imperialistas que llevan a la migración laboral hacia los espacios donde hay demanda de mano de obra, o a través de su transformación moderna, la familia bajo el capitalismo, que aunque haya perdido sus funciones productivas mantiene las reproductivas. ¿En qué consiste la comunidad doméstica? ¿Qué es la familia? ¿Qué es lo que estas instituciones producen?

El debate acerca de qué tipo de producto es la “fuerza de trabajo”, acerca de si el trabajo doméstico orientado a la reproducción produce valores de uso o valores de cambio, fue muy intenso en los años setenta del siglo pasado. En el capitalismo, la familia no tiene sustento en lo económico (no es una clase social). Se mantiene viva como una forma ética, ideológica y jurídica, pero también como ámbito de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. El trabajo usado para la producción de este “bien” es un trabajo mayormente femenino, no está remunerado y no puede ser comercializado por las productoras:

El modo de producción capitalista depende así para su reproducción de una institución que le es extraña pero que ha mantenido hasta el presente como la más cómodamente adaptada a esta tarea y, hasta el día de hoy, la más económica para la movilización gratuita del trabajo – particularmente del trabajo femenino – y para la explotación de los sentimientos afectivos que todavía dominan las relaciones padres-hijos (Meillassoux, 1977: 200-201).

El patriarcado, como sistema de subordinación de las mujeres en la familia y en la comunidad doméstica, cobra importancia analítica en esta perspectiva. Si la atención está centrada en el hogar-familia como la institución social a cargo de la organización de la vida cotidiana y la reproducción, importa su organización interna y los roles diferenciados de hombres y mujeres. El modelo de hogar/familia del desarrollo capitalista es el hogar nuclear patriarcal: el trabajador hombre que, con su salario, puede aportar los recursos monetarios requeridos para el mantenimiento de la familia trabajadora. Lo que queda implícito e invisible en ese modelo es que se requiere la contrapartida del trabajo doméstico del “ama de casa-madre” que transforma ese ingreso monetario en los bienes y servicios que permiten el mantenimiento y reproducción social.

Es en este escenario de discusión teórica y política que se inserta el trabajo de Larguía y Dumoulin, quienes inician su texto con un epígrafe:

La división del trabajo ... descansa en la división natural del trabajo en la familia y en la división de la sociedad en diversas familias contrapuestas; se da al mismo tiempo la distribución desigual del trabajo y sus productos, es decir la propiedad, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud latente en la

familia es la primera forma de propiedad... (Marx y Engels, La ideología alemana)

¿En qué consiste esta división del trabajo en la familia? “Fue sólo con el surgimiento de la familia patriarcal que la vida social quedó dividida en dos esferas nítidamente diferenciadas. La esfera pública y la esfera doméstica” (Larguía y Dumoulin, 1976: 11). Estas esferas tuvieron una evolución muy desigual. La mujer fue relegada a la esfera doméstica, acompañada por una poderosa ideología sobre el lugar y papel de la mujer. A partir de la disolución de las estructuras comunitarias y de su reemplazo por la familia patriarcal, el trabajo de la mujer se fue limitando a la elaboración de valores de uso para el consumo directo y privado. Así, Larguía y Dumoulin destacaban la invisibilidad de las tareas de la domesticidad:

Si bien los hombres y las mujeres obreros reproducen fuerza de trabajo por medio de la creación de mercancías para el intercambio, y por tanto para su consumo indirecto, las amas de casa *reponen diariamente gran parte de la fuerza de trabajo de toda la clase trabajadora*. Sólo la existencia de una enajenante ideología milenaria del sexo impide percibir con claridad la importancia económica de esta forma de reposición directa y privada de la fuerza de trabajo

...

El obrero y su familia no se sostienen sólo con lo que compran con su salario, sino que el ama de casa y demás familiares deben invertir muchas horas en el trabajo doméstico y otras labores de subsistencia

...

El trabajo de la mujer quedó oculto tras la fachada de la familia monogámica, permaneciendo *invisible* hasta nuestros días. Parecía diluirse mágicamente en el aire, por cuanto no arrojaba un producto *económicamente visible* como el del hombre (Larguía y Dumoulin, 1976: 15-18).

La labor doméstica, como parte de la cotidianidad, puede ser vista como el conjunto de tareas, habituales y repetitivas en su mayor parte, que asegura la reproducción social, en sus tres sentidos: la *reproducción estrictamente biológica*, que en el plano familiar significa gestar y tener hijos (y en el plano social se refiere a los aspectos socio-demográficos de la fecundidad); la organización y ejecución de las tareas de la *reproducción de la fuerza de trabajo consumida diariamente*, o sea las tareas domésticas que permiten el mantenimiento y la subsistencia de los miembros de la familia que, en tanto trabajadores asalariados, reponen sus fuerzas y capacidades para poder seguir ofreciendo su fuerza de trabajo día a día; y la *reproducción social*, o sea las tareas dirigidas al mantenimiento del sistema social, especialmente en el cuidado y la socialización temprana de los niños, enfermos y ancianos, que incluye el cuidado corporal pero también la transmisión de normas y patrones de conducta aceptados y esperados (Larguía y Dumoulin, 1976). En esto, se confunde la reproducción biológica con la reproducción privada de la fuerza de trabajo.

En suma, la tradición encarnada en Larguía y Dumoulin está anclada en el análisis de la organización social y el desarrollo del capitalismo, vinculando allí familia y domesticidad con el mercado de trabajo y la organización de la producción. Se trataba, en su momento, de develar la *invisibilidad social de las mujeres*: en el trabajo doméstico

no valorizado y oculto a la mirada pública, en la retaguardia de las luchas históricas, “detrás” de los grandes hombres.

El reconocimiento del valor de la producción doméstica y del papel de las mujeres en la red social que apoya y reproduce la existencia social fue uno de los temas claves de los años setenta, en los nacientes análisis feministas y en las consignas de la lucha y las demandas del movimiento de mujeres. Reconocer y nombrar otorga existencia social, y esa existencia visible parecía ser un requisito para la reivindicación. De ahí la necesidad de conceptualizar y analizar lo cotidiano, lo anti-heroico, la trama social que sostiene y reproduce. El debate teórico fue intenso: ¿qué producen las mujeres cuando se dedican a su familia y a su hogar?, ¿quién se apropia de su trabajo? En los años setenta, el reconocimiento del ama de casa como trabajadora generó también un debate político: ¿debe ser reconocida como trabajadora con derechos laborales?, ¿debe otorgársele una remuneración o una jubilación? ¿O hay que transformar las relaciones de género en la domesticidad? A partir del estudio y la indagación sobre la naturaleza del trabajo doméstico se ponía al descubierto la situación de invisibilidad y subordinación de las mujeres. Estos saberes abrirían caminos diversos para revertir esa situación.¹⁷

Hay un paso más por dar: el análisis de Larguía y Dumoulin habla del desarrollo capitalista en su conjunto, aunque el eje está puesto en la relación entre el trabajo doméstico de las mujeres y la reproducción de la fuerza de trabajo – es decir, se trata de un análisis centrado en los procesos sociales ligados a las clases trabajadoras. La diferenciación en clases sociales está implícita en todo el análisis, inclusive cuando analizan la situación post-revolucionaria cubana.

Frente a esta realidad de la división sexual del trabajo y las responsabilidades domésticas de las mujeres, el incipiente análisis feminista ponía su mira en el mundo del empleo. Parecía que, en tanto su subordinación estaba anclada en la distinción entre el mundo público y la vida privada, las mujeres debían salir de la esfera doméstica y participar en el mundo público – hasta entonces, un mundo predominantemente masculino. Las tendencias seculares mostraban que esto ya estaba ocurriendo, y se manifestaba en el aumento de los niveles educativos y de la tasa de participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. A partir de los años setenta, el incremento de la participación femenina en la fuerza de trabajo en América Latina fue de una magnitud enorme (Valdés et al., 1995).

Pero, ¿qué sucede cuando las mujeres entran al mercado de trabajo? Ya Saffioti lo había planteado. Hay pocas oportunidades de acceso a “buenos” empleos: discriminación salarial, definiciones sociales de tareas “típicamente femeninas”, o sea aquellas que expanden y reproducen el rol doméstico tradicional (servicio doméstico y servicios personales: secretarías, maestras y enfermeras) y concentración del empleo femenino en esas ocupaciones. En pocas palabras, la segregación y la discriminación son la regla. En suma, las relaciones de clase se combinan con las subordinaciones de género de manera específica, tanto en el mercado de trabajo (organización de la producción social) como en el ámbito de la domesticidad (organización de la reproducción social). Esta combinación – pensada como “doble jornada” en los análisis microsociales– se mantiene como fuente de tensión a lo largo del tiempo, y será objeto de diversas modalidades de intervención estatal.¹⁸

Para concluir

No es el objetivo de este trabajo sacar conclusiones claras y nítidas. Se trata de indagar acerca de las maneras de pensar las relaciones entre las múltiples dimensiones de la desigualdad. Y pensar las lógicas de la relación, tanto en la realidad social como en los modelos interpretativos desarrollados por intelectuales de la región. Considero importante mirarlos porque se trata de conocimientos situados, de reflexiones que combinaron visiones teóricas fuertes con una inmersión en, o cercanía con, realidades sociales vividas y con intenciones de contribuir al cambio. Los tres –conceptos, realidad, utopía– entrelazados en los escritos.

Hay varios ejes para rescatar de estos análisis históricamente y espacialmente localizados, focalizados en la dinámica de los procesos de cambio más que en visiones sincrónicas o fotográficas. Estos ejes pueden servir para revisar algunos de los debates y dilemas del siglo XXI:

En primer lugar, los complejos procesos de cambio ligados al desarrollo capitalista en la región implican ritmos de transformación diferentes en distintos aspectos o dimensiones. Estas asincronías o desfasajes, sin embargo, no son aleatorios. El motor de cambio estaba puesto en el desarrollo de nuevas formas de organización productiva, y una cuestión central era qué pasaba con la población que debía cambiar sus formas de trabajo y de vida. ¿Quiénes estaban preparados para ese cambio? Fernandes muestra las fuertes herencias del trabajo esclavo entre los negros en Brasil, y el desfasaje entre sus modos de vida y sus valores y lo que el nuevo sistema demandaba. Stavenhagen muestra las continuidades y los nuevos desafíos que el desarrollo plantea a comunidades agrarias indígenas. Saffioti se pregunta sobre los cambios en la situación de las mujeres. En todos los casos, se trata de que las formas aprendidas y vividas no encajan en las demandas del desarrollo capitalista.

Estos desajustes se enmarcan en la centralidad de la experiencia de formación de las clases. Al respecto, el análisis se emparenta con el análisis que Z. Bauman hace de la “memoria de clase”. Bauman se refiere a la “memoria histórica” o “historia recordada” en tanto “propensión de un grupo a determinados comportamientos de respuesta antes que a otros” (Bauman 2011: 10). Esta historia recordada “explica” las reacciones del grupo frente al cambio en las circunstancias a que es conducido su quehacer vital: “En el fundamento de cualquier transformación histórica está la creciente inadecuación del patrón aprendido de expectativas y comportamiento frente a las circunstancias en que el quehacer de la vida se lleva adelante” (Bauman 2011: 12). Las salidas pueden ser diversas: desorganización reflejada en profecías de catástrofe inminente, proliferación de utopías revolucionarias, realineamientos políticos, sociales y culturales. El proceso de articulación de la sociedad de clases es lento. Y en un momento posterior de la historia, la crisis de la sociedad de clases es un síntoma de la incapacidad de las instituciones de la sociedad de clases para garantizar el estatus de grupo y seguridad individual en una organización social esencialmente transformada. En cada momento histórico, dice Bauman, son las memorizadas estrategias de clase las que proporcionan los patrones cognitivos y normativos para tratar con la crisis. En suma, las asincronías y los desfasajes son parte misma del proceso de cambio histórico.

En segundo lugar, podemos ubicar estos textos en la perspectiva de los análisis que ponen el énfasis en la tensión entre demandas de igualdad/redistribución y de-

mandas de reconocimiento de identidades y diferencias. Como modelo analítico, este paradigma fue elaborado en décadas posteriores (especialmente Fraser, 1997). En los años sesenta, se lo palpaba en la acción de los sujetos históricos más que en paradigmas o modelos. Así, los textos analizados intentan interpretar las desigualdades étnicas, raciales y de género en la clave de la estructura de clases. Aunque no analizan de manera explícita (los/as autores/as lo hacen en otros textos) las demandas de reconocimiento de género o de etnicidad, está claro que una fuerte motivación para el análisis se encuentra en la sensación de injusticia distributiva y en una intencionalidad de contribuir activamente en las luchas por la transformación de la situación histórica de grupos discriminados y marginados.

En tercer lugar, se puede conectar el tipo de análisis aquí presentado con las discusiones actuales sobre la “interseccionalidad”, discusiones que aluden a la imposibilidad de analizar una dimensión de desigualdad aislada de las otras, ya que no se trata de efectos aditivos (desigualdad de clase que se suma a la de género, a la de edad y a la étnica, por ejemplo) sino que se trata de una articulación compleja, de una configuración. Pero ¿cómo se da esta combinación? ¿Existe algún modelo o teoría que permita elaborar una estrategia de análisis? ¿Se pueden establecer relaciones entre las dimensiones que vayan más allá de la exhortación a no olvidar ninguna? Los autores revisados aquí se ubican en una perspectiva teórica en la que prima el desarrollo capitalista y, en consecuencia, la situación de clase. Desde ese lugar, miran y analizan, en situaciones históricas concretas, cómo juegan el género y la etnicidad/raza. Las propuestas contemporáneas (reseñadas y revisadas en Roth, 2013) son más abiertas e indefinidas. El reconocimiento de la complejidad y la multiplicidad de las dimensiones de desigualdad social se convierte entonces en un estímulo para introducir esta multiplicidad en los análisis de situaciones concretas, y es el/la analista quien elige qué aspecto privilegiar.

Finalmente, algo sobre la motivación para haber hecho este ejercicio. En un artículo reciente que se inserta en el debate post/decolonial, Jose Mauricio Domingues (2009) completa su argumento de debate con los enfoques postcoloniales y decoloniales instando a sus exponentes a revisar sus supuestos, y a entrar en un diálogo más sistemático con la ciencias sociales. Al mismo tiempo, insta a la sociología latinoamericana a encarar una tarea más teórica, que vaya más allá de descripciones y de posturas “críticas” no demasiado bien definidas. Para ello, nos llama a retomar la fecunda tradición encarnada en gente como Florestan Fernandes, Pablo Gonzalez Casanova y Gino Germani, para contribuir así a los procesos de emancipación, presentes y futuros, en el subcontinente y en la escala global.

Leí este artículo mientras estaba relejendo “a contrapelo” varios textos de esa generación de autores, con el objetivo de buscar la manera en que habían conceptualizado e investigado las diversas dimensiones de las desigualdades sociales. Mi búsqueda puede verse como genealógica, orientada al origen o las raíces de las ideas y conceptos actuales. Sin duda, hay algo de esto, pero también me guía la creencia/intuición/memoria de que esa generación de pensadores/as combinó de manera muy especial y fructífera las inquietudes público-políticas con el rigor científico de sus investigaciones empíricas. Y que es esa tradición la que debemos reponer. Encuentro entonces una convergencia atractiva con el llamado de Domingues, hecho desde otro campo de interlocución. En suma, se trata de visitar a quienes pensaron la región con perspectiva histórica y estructural, reconociendo que Amé-

rica Latina es parte de la modernidad occidental y al mismo tiempo tiene un lugar liminar, un lugar descentrado, marcado por una inserción particular en el mundo.

**Elizabeth Jelin*, doctora en Sociología, es Investigadora Superior del CONICET con sede en el CIS-IDES (Instituto de Desarrollo Económico y Social) de Buenos Aires. Es docente del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales UNGS-IDES. Sus temas de investigación son los derechos humanos, las memorias de la represión política, la ciudadanía, los movimientos sociales y la familia. En 2013 recibió el Premio Houssay a la Trayectoria en investigación en ciencias sociales, otorgado por el gobierno argentino.

Notas

¹ Este texto fue preparado como parte del programa *desiguALdades.net* (Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad Libre de Berlín, e Instituto Iberoamericano de Berlín). Agradezco a la red *desiguALdades.net* el apoyo para su elaboración. También agradezco los comentarios recibidos a versiones preliminares de este texto, presentadas en el Segundo Coloquio de Sociología Política, Mar del Plata, marzo de 2012, y en el Coloquio de *desiguALdades.net*, noviembre de 2013, y la cuidadosa lectura y sugerencias recibidas de Sérgio Costa.

² En las conceptualizaciones de comienzos del siglo XXI, este tema se engloba en las discusiones sobre la “interseccionalidad”, tema que será retomado más adelante.

³ No entro aquí en los debates acerca del carácter “occidentalcentrico” de esta Declaración. El tema es retomado en el Informe Final de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (World Commission on Culture and Development, 1995), entre otros.

⁴ Siguiendo a Thorp (1998), las trayectorias de los países de la región pueden ordenarse diferenciando aquellos de fuerte industrialización (“strong industrializers”) de los que tienen una economía exportadora de productos primarios (“primary product export models”). La autora incorpora otras dos categorías: Cuba (“centrally planned option”) y el Caribe (“export promotion and industria-

lizing by invitation”).

⁵ Según cálculos de PREALC, entre 1950 y 1970 la participación de trabajadores/as del sector informal urbano en la PEA se incrementó en un tercio (PREALC, 1982).

⁶ La preocupación por los procesos políticos ligados a la modernización fue constante, ya que la región no parecía ajustarse a los modelos europeos. Dentro de este paradigma, Germani proponía un esquema estilizado del desarrollo de la transición o evolución política de la región en seis etapas: “(1) Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia; (2) Guerras civiles, caudillismo, anarquía; (3) Autocracias unificadoras; (4) Democracias representativas con participación ‘limitada’ u ‘oligárquica’; (5) Democracias representativas con participación ampliada; (6) Democracias representativas con participación total; y, como una posible alternativa a las aludidas formas de democracia: ‘revoluciones nacionales-populares’ (Germani, 1962: 147). En la última etapa, la democrática con participación total, Germani plantea una alternativa: las revoluciones nacionales-populares, que implicaba una acción política “inmediata” de las masas y las capas populares, apoyando formas autoritarias de gobierno.

⁷ Ver la entrevista a F. Fernandes publicada en Bastos et. al., 2006. También Ianni, 1986.

⁸ En la época, el paradigma de la “modernización” era el dominante y permeó el pensamiento de Fernandes y de otros analistas de la región. El proceso de modernización era visto como curso inevitable de la historia, y de ahí provenía la atención dada a las asincronías y desfases entre procesos que, a la larga, irían a converger hacia el polo de la modernización. Parecería que la “integración” del negro fuera, a la larga, ineludible.

⁹ Antonio Sergio Guimaraes, en su revisión del uso de la categoría “clase social” en la sociología brasileña, señala que “a partir de mediados de los cincuenta, se forma un gran consenso teórico, que transformará el proceso de industrialización en *explanandum* omnipresente de todos los fenómenos sociales brasileños. ... En ese contexto teórico, serán las clases sociales los principales agentes y su concepto la principal herramienta de la sociología.” (Guimaraes, 1999: 13). Es notorio cómo en este texto, escrito hacia finales de siglo, no hay referencias al género (excepto al hablar de los estudios de mercados de trabajo, donde el feminismo impulsó el estudio del ingreso de mujeres). La referencia a raza y etnicidad están en la interpretación final del autor del artículo, no en los autores incorporados en el análisis.

¹⁰ Esta parte del texto analiza en particular lo desarrollado en Fernandes, 1965a, en el contexto de la obra más amplia del autor sobre el tema.

¹¹ Stavenhagen ha sido y es muy activo en el campo de los derechos indígenas como relator de Naciones Unidas y en instituciones de derechos humanos en México y otros lugares. Su obra cubre temas diversos, y en este artículo sólo analizo la relación entre clases sociales y etnicidad, tal como lo desarrolló en el libro mencionado.

¹² “Cuando la estructura económica de la comunidad corporativa se modifica, entonces es poco probable que la calidad corporativa de las relaciones sociales internas de la comunidad pueda sobrevivir durante mucho tiempo. Algunas características culturales del indio

están ligadas a la comunidad corporativa altamente estructurada. Si esta estructura desaparece progresivamente, entonces estas características culturales se debilitan” (Stavenhagen, 1969: 249).

¹³ El modelo predominante en el tema era el KAP, “knowledge – attitude – practice”, o sea la idea de que había una relación lineal entre ampliar el conocimiento de métodos de control de la natalidad y el cambio de actitudes hacia deseos de menos hijos, y de ahí surgiría la práctica correspondiente.

¹⁴ Había una tradición de estudios antropológicos, inclusive los conocidos trabajos de Margaret Mead sobre diferenciación de roles entre hombres y mujeres, que concentraban su mirada en las variaciones culturales en las formas de organización familiar. En ésta, la diferenciación y complementación de las posiciones según el sexo era tomada en consideración. La explicación del origen de la familia, donde la dominación patriarcal juega un papel fundamental (y que en la tradición marxista había sido planteada por Engels), también era objeto de estudio y de controversia.

¹⁵ La autora muestra, por ejemplo, cómo la intensa urbanización del sur del país amplió el sector de actividades terciarias de la estructura ocupacional, sector que requiere un nivel medio de escolarización. Esto es determinante en el impulso a la educación de las mujeres, pero no en el nivel superior, porque todavía el casamiento es un valor superior a la profesionalización, y frecuentemente matrimonio y carrera son vistos como incompatibles. El énfasis está en jerarquizar el lugar del jefe del hogar. Por esto, si la calificación profesional de la mujer interfiere con la posición ocupacional del hombre, la estratificación por sexo interviene de modo negativo.

¹⁶ Los escritos centrales de Larguía y Dumoulin sobre este tema son *Por un feminismo científico*, *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer* y *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer* (ampliación de la obra anterior con la incorpora-

ción de dos capítulos sobre Cuba: “Los tipos económicos arcaicos y la discriminación social en el proceso capitalista de Cuba” y “La situación social de la mujer en la Revolución cubana” (Larguía y Dumoulin, 1976, y Larguía y Dumoulin, 1983).

¹⁷ Este debate, sin embargo, tan central en la formación de una perspectiva de género, no penetró en el “establishment” de las ciencias sociales de la región. Fue más bien un desarrollo que quedó en –o ayudó a constituir– un espacio segregado, conformado por las mujeres académicas y militantes que comenzaban a reivindicar el feminismo y la lucha por los derechos de las mujeres. Ya en el siglo XXI, y acuciado por el “déficit de cui-

dado” que los cambios en la posición de las mujeres ocasionó, es que el tema de la domesticidad y las labores maternas familiarizadas cobra importancia en el análisis y en la discusión de políticas públicas (Esping-Andersen, 1990 y 2009, analizando las políticas sociales en Europa; Razavi, 2011, y Razavi y Staab, 2007, para el análisis comparativo internacional; Esquivel, Faur y Jelin, 2012, y los debates sobre la “conciliación” en América Latina).

¹⁸ Entrado el siglo XXI, el tema es presentado como las políticas de “conciliación entre familia y trabajo”. Lo interesante es que, como señala Faur (2006), el sujeto de la conciliación es femenino.

Bibliografía

Altamirano, Carlos (2010), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz.

Bastide, Roger y Florestan Fernandes (1959), *Branços e negros em Sao Paulo*. San Pablo: Companhia Editora Nacional.

Bauman, Zygmunt (2011), *Memorias de clase. La prehistoria y la sobrevivencia de las clases*. Buenos Aires: Nueva Visión (edición original en inglés, *Memories of class. The pre-history and after-life of class*. Londres: Routledge, 1982).

Bastos, Elide Rugai, Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y Jose Marcio Rego, (2006) *Conversas com sociologos brasileiros*. San Pablo: Editora 34.

Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.

Céleri, Daniela, Tobias Schwarz y Bea Wittger (2013), “Introduction: interdependencies of social categorisations in past and present societies of Latin America and beyond”, en Céleri, Daniela, Tobias Schwarz y Bea Wittger, eds., *Interdependencies of social categorisations*. Frankfurt am Main:

Iberoamericana – Vervuert.

Di Tella, Torcuato S. (1965), “Populismo y reforma en América Latina”. *Desarrollo Económico*, vol. 4, número 16.

Domingues, José Mauricio (2009), “Global modernization, coloniality, and critical sociology for contemporary Latin America”. *Theory, Culture and Society*, Vol. 26 (1): 112-133.

Esquivel, Valeria, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2012), *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES-UNFPA-Unicef.

Esping-Andersen, Gosta (1990), *The three worlds of Welfare Capitalism*. Princeton NJ: Princeton University Press.

Esping-Andersen, Gosta (2009), *The incomplete revolution. Adapting to women's new roles*. Cambridge: Polity Press.

Faur, Eleonor (2006), “Género y reconciliación familia-trabajo. Legislación laboral y subjetividades masculinas en América latina”, en Mora, Luis y María José Moreno (eds.), *Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. Una mirada desde el género*. México: UNFPA-GTZ, pp. 129-153.

Fernandes, Florestan (1965a), *A integracao do negro na sociedade de classes. Volume I: O*

legado da “raça branca”. San Pablo: Dominus Editora-Editora da Universidade de Sao Paulo.

Fernandes, Florestan (1965b), *A integracao do negro na sociedade de classes. Volume II: No limiar de uma nova era*. San Pablo: Dominus Editora-Editora da Universidade de Sao Paulo.

Fernandes, Florestan (1972), *O negro no mundo dos brancos*. San Pablo: Difusao Europeia de Livro.

Fernandes, Florestan (1973), *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina*. Río de Janeiro: Zahar Editores.

Fraser, Nancy (1997), *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Universidad de los Andes/Siglo del Hombre Editores.

Germani, Gino (1962), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.

González Casanova, Pablo (2009), “El colonialismo interno (1969)” en *De la sociología del poder a la sociología de la explotación*. Bogotá: CLACSO, pp. 129-156.

Guimaraes, Antonio Sérgio (1999), “Clases sociais”, en Sérgio Miceli, org. *O que ler na ciencia social brasileira (1970-1995)*, Sociologia Vol. 2. San Pablo: Editora Sumaré / ANPOCS.

Ianni, Otavio, ed. (1986), *Florestan Fernandes*. San Pablo: Ática.

Larguía, Isabel y John Dumoulin (1976), *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Barcelona: Anagrama.

Larguía, Isabel y John Dumoulin (1983), *Hacia una concepción científica de la emancipación de la mujer*. La Habana: Editorial de ciencias sociales.

Meillassoux, Claude (1977), *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Pérez Sáinz, Juan Pablo (2014a), *El tercer momento rousseauiano de América Latina. Posneoliberalismo y desigualdades sociales*. Berlin: desiguALdades.net. Working Paper No. 72.

Perez Sainz, Juan Pablo (2014b), *Mercados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. San José: FLACSO.

PREALC (1982), *Mercado de trabajo en cifras 1950-1980*. Santiago de Chile: OIT.

Razavi, Shahra, ed. (2011), “Special issue: Seen, heard and counted. Rethinking care in a development context”. *Development and Change*. Vol. 42, Issue 4, Julio.

Razavi, Shahra y Staab, Silke (2007), *The political and social economy of Care in a Development Context. Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options*. Ginebra: Gender and Development Programme Paper Number 1, United Nations Research Institute for Social Development.

Roth, Julia (2013), *Entangled inequalities as intersectionalities. Towards an epistemic sensibilization*. Berlin: desiguALdades.net, Working Paper No. 43.

Saffioti, Heleieth (1969), *A mulher na sociedade de classes. Mito e realidade*. San Pablo: Quatro Artes Universitária.

Scott, Joan W. (1996), *Only paradoxes to offer: French feminist and the rights of man*. Cambridge: Harvard University Press.

Stavenhagen, Rodolfo (1969), *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Siglo XXI.

Thorp, Rosemary (1998), *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el Siglo XX*. Washington DC: Banco Interamericano de Desarrollo-Unión Europea.

Valdés, Teresa et al. (1995), *Mujeres latinoamericanas en cifras (tomo comparativo)*. Santiago: FLACSO-Instituto de la Mujer (España).

Weffort, Francisco (1970), “El populismo en la política brasileña”. En *Brasil Hoy*, AA.VV, México: Siglo XXI.

World Commission on Culture and Development (1995), *Our creative diversity. Report of the World Commission on Culture and Development*. Paris: UNESCO-UN.